

LA JORNADA DEL 14 DE ABRIL

# Don Miguel Maura cuenta a los lectores de Estampa cómo se realizó el asalto al ministerio de la Gobernación

LA CONSPIRACION

El despacho oficial del ministro de la Gobernación. Don Miguel Maura contempla con aire de resignación el manojito de cuartillas que pretendemos llenar de notas. Por fortuna, el tema de la conversación es uno de los más gratos para su excelencia.

—¿En qué conspiraciones intervino usted?

—En la de enero de 1930, contra Primo de Rivera, que dió al traste con la dictadura. Estuve en Andalucía para poner de acuerdo a constitucionales y republicanos. Yo actué en republicano. En sentido francamente revolucionario. Participé también en la declaración pública de marzo del mismo año. Y contribuí con mis gestiones a realizar la unión de los elementos que habían de hacer eficaz el Pacto de San Sebastián.

EN QUE CONSISTIO EL FAMOSO PACTO DE SAN SEBASTIAN

Don Miguel Maura nos explica en términos claros y sucintos:

—Era de una gran sencillez. Comprendía dos puntos fundamentales. Primero: fusión de todas las fuerzas republicanas (los socialistas no habían prestado aún su adhesión) para provocar la caída del régimen. Segundo: convenio con los elementos catalanes de todos los matices para fijar las normas del Estatuto de Cataluña. Las normas establecidas entonces son las que se están poniendo en práctica en estos momentos. No hubo asimilaciones de carteras ni distribución de atribuciones. Tan sólo surgió de allí el nombramiento de un comité, integrado, si no recuerdo mal, por Azaña, Prieto, Galarza, Aiguadé y algunos más. Sánchez Román y yo quedábamos en un segundo comité, si bien las circunstancias exigieron nuestra actuación inmediata.

En la reunión que tuvimos en julio no se logró la adhesión de los socialistas al Pacto de San Sebastián. Aquella se obtuvo en septiembre. Desde ese momento hasta el día 15 de diciembre fué febril la intensidad de la acción revolucionaria. Se pudo estructurar un movimiento nacional, fundamentalmente civil, que hubiera sido más que suficiente para derribar un régimen, ya podrido, de no haberse anticipado la sublevación de Jaca, que desarticuló todo el plan que teníamos trazado.

LA CARCEL

—En la prisión, desde el día 14 de diciembre, víspera del movimiento, seguimos laborando por la causa sin perder momento. Vimos cómo, poco a poco, se encendía el espíritu revolucionario en España. A la cárcel llegaban constantemente pruebas inequívocas del entusiasmo popular. En los tres meses y medio de prisión no hubo un solo instante de decaimiento ni de pesimismo. Además, la convivencia de personas tan distantes en el terreno de la ideología política, como socialistas, izquierdas y derechas, trabaron entre nosotros lazos de amistad casi fraternal que hubieron de facilitar no poco el acuerdo en la resolución de grandes problemas que sabíamos se habrían de plantear tan pronto como tomáramos el Poder.

"EL DIA 14, POR LA NOCHE, SE PROCLAMARA LA REPUBLICA"

—Vino la lucha electoral—prosigue el señor Maura—. Días de fiebre aquellos que precedieron a las elecciones. Sin descansar un solo instante en las tareas de propaganda y en la labor de organización, pusimos todos el mismo esfuerzo. A mí no me sorprendió el triunfo. Tres días antes de las elecciones, en un mitin celebrado en la Guindalera, anuncié a los correligionarios que el martes, 14, por la noche, se proclamaría la República.

LA NOTICIA DEL TRIUNFO ELECTORAL EN LA CASA DEL PUEBLO

—En la Casa del Pueblo se conoció a hora ya avanzada de la noche el resultado total de las elecciones. Cuantos allí estábamos reunidos tuvimos la sensación evidente de que la hora del triunfo definitivo había sonado. Al mismo tiempo sentimos gravitar sobre nosotros el peso de la responsabilidad que habíamos contraído. De un lado, se imponía la necesidad de aprovechar sin demora el fruto del esfuerzo ciudadano, arrojando de una vez y para siempre el régimen secular que tenía oprimida a la nación. Por otra parte, teníamos que evitar las posibles desarticulaciones que en el mecanismo del Estado suele acarrear un tránsito brusco. Todo ello con las interrogantes pavorosas que en nuestro espíritu se abrían al contemplar el estado del Ejército, de la Marina, de la fuerza pública, de la Hacienda y de la Economía nacionales. Créalo usted: la pesadumbre de esa responsabilidad entibiaba no poco la alegría del triunfo. Juntos



Don Miguel Maura, ministro de la Gobernación del Gobierno provisional de la República, en su despacho oficial.





En los tres meses y medio de prisión, el Comité revolucionario acrecentó su popularidad. Buena prueba de ello es esta foto en que aparecen don Miguel Maura y el señor Largo Caballero a su salida de la cárcel.

vivimos aquellas horas de emoción Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Albornoz y yo. Dificilmente podríamos olvidarlas ninguno de nosotros.

EL 14 DE ABRIL. "SEÑORES, ¡A GOBERNACION!"

El martes por la mañana ya era cosa evidente la caída de la monarquía. A las diez se reunieron en mi casa todos los miembros del Gobierno provisional. Fuimos siguiendo los acontecimientos sin abandonar ni por un momento la dirección de las masas. Con pluma maestra ha contado Gregorio Marañón alguno de los episodios más salientes de la jornada. Y Alcalá Zamora ha hecho también un relato emocionante de otros igualmente interesantes. Pero hay un episodio que, según creo, está aún inédito, y es, a mi juicio, el que ofrece más vigor emotivo.

Eran las seis y media de la tarde. El plazo por nosotros



Una de las numerosas manifestaciones que en la tarde del 14 de abril proclamaron la República en las calles de Madrid.

fijado para que el Gobierno de la monarquía nos hiciera entrega del mando expiraba a las siete. Las noticias que teníamos acusaban todas una gran efervescencia popular que, anticipándose con certero instinto a los acontecimientos, había tomado posesión de la calle en nombre de la República. Ignorábamos si el rey continuaba o no en palacio. Y era muy verosímil el peligro de que el pueblo, desbordado, se lanzase a la comisión de desmanes que, una vez iniciados, podrían adquirir caracteres de tragedia. Importaba mucho al buen nombre de la República naciente el evitarlo a toda costa. Algunos de mis compañeros se resistían a tomar el Poder por la fuerza. Estimaban preferible aguardar la entrega o la capitulación del rey. Insistía yo cerca de ellos, llevado, no sólo por mi temperamento, sino, además, por la convicción de la responsabilidad que estábamos contrayendo con nuestra inacción, en que era indispensable venir al Ministerio de la Gobernación y apoderarse de él, costase lo que costase. Al fin, prevaleció mi criterio.

El momento en que, abriendo la puerta de mi biblioteca, donde estábamos reunidos, aparecimos ante el gentío numerosísimo congregado en otras habitaciones de mi casa, donde se esperaba nuestra decisión con impaciencia creciente, fué de una intensidad difícil de olvidar.

—Señores, ¡a Gobernación!—les dije.

• La ansiedad de los presentes había encontrado una válvula de expansión a través de aquellas sencillas palabras.

A LA CALLE. ANTE LAS PUERTAS DE LA FORTALEZA DONDE RADICA EL PODER

—Montamos en dos coches, y, sin ser reconocidos por nadie, llegamos a la altura del Casino de Madrid, en la calle de Alcalá. En una parada que nos obligó a hacer el gentío allí congregado, fuimos reconocidos por el pueblo. A partir de ese instante, no hubo manera de avanzar en nuestro camino. Cerca de dos horas hubimos de tardar en el recorrido hasta la puerta del Sol. Ibamos materialmente asfixiados por los entusiastas que, subidos en los estribos de los autos, impedían la marcha.

Ya frente al Ministerio, conseguimos que nos dejaran salir de nuestros vehículos. El pueblo mismo se encargó de abrirnos paso hasta la puerta principal del edificio. La puerta estaba cerrada, pero en el balcón ondeaba ya la bandera republicana.



El pueblo, anticipándose a los acontecimientos, el 14 de abril había tomado posesión de la calle en nombre de la República.

"¡PASO AL GOBIERNO DE LA REPUBLICA!"

—Golpeando las puertas, pedimos paso Alcalá Zamora, Azaña, Casares y yo. Transcurrieron varios minutos sin lograr que nos fuese franqueado el acceso al Ministerio. Por fin, se abren las puertas de par en par. En el zaguán aparece un piquete de la Guardia civil, armado de fusiles. El oficial que lo manda intenta contener la irrupción, sin acertar a razonar su actitud. La escena duró un segundo. Avancé hasta el oficial:

—¡Paso al Gobierno de la República!—grité.

La fuerza pública presentó armas.

EL PODER EN MANOS DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO. SALE DE GOBERNACION EL ULTIMO REPRESENTANTE DEL GOBIERNO MONARQUICO

—Instantes después estábamos reunidos en este despacho los miembros del Gobierno provisional. Entre tanto, otros de mis compañeros habían penetrado en el edificio por la puerta de la calle del Correo.

Apenas habíamos llegado, me enteré de que el señor Marfil, subsecretario de Gobernación del último Gabinete de la monarquía, permanecía en su puesto en espera de órdenes. Me dirigí a él cortésmente, y le dije que su misión había terminado y que nada tenía que hacer ya en el Ministerio.





Aspecto que ofrecía la Puerta del Sol en el momento de llegar el Gobierno de la República al Ministerio de la Gobernación.

rogándole que se ausentara. Lo hizo así, y salió de la casa como pudo y, por cierto, no sin dificultades.

LA PROCLAMACION DE LA REPUBLICA EN PROVINCIAS. EL GOBIERNO PROVISIONAL NOMBRA REPRESENTANTES EN TODA ESPAÑA

—En el acto me puse al teléfono, y durante toda la noche, provincia por provincia, fui destituyendo a los gobernadores civiles y encargué del mando bien a las figuras más salientes del republicanismo, bien a los presidentes de las Audiencias.

La ansiedad de aquellos momentos no es para descrita. Cuando contestaba una provincia, esperaba yo la confirmación de la noticia que, como verdad inconcusa, circulaba por todo Madrid de haberse producido excesos y motines en las poblaciones más importantes.

LAS PRIMERAS PALABRAS QUE LLEGAN DE BARCELONA POR EL TELEFONO OFICIAL, SON UN "¡VIVA LA ANARQUIA!"

—Llamé al Gobierno de Barcelona, de cuya ciudad habíamos recibido noticias particulares según las cuales se había posesionado del mando Emiliano Iglesias. Al otro lado del hilo telefónico, surge una voz aguardentosa. A mis preguntas responde:

—¡Aquí no hay Emiliano! Le hemos arrastrado por las calles. Aquí no hay más que el pueblo que se ha hecho dueño de Barcelona. Usted no es ministro ni es nada. ¡Viva la anarquía!

Y quedó cortada la comunicación.

Unos segundos después estaba al habla con la Capitanía general. Desde ella el señor Companys y el general López Ochoa me daban cuenta de lo sucedido. El pueblo, en efecto, había invadido el Gobierno civil, arrojando del edificio a Emiliano Iglesias, y el señor Companys se disponía a ocuparlo, ayudado por fuerzas del Ejército.

La energía y la serenidad de que daba muestras mi amigo el señor Companys, me tranquilizaron. Estaba seguro de que dominaría la situación. Y, después me notificaba por teléfono noticias plenamente satisfactorias.

EL GOBIERNO PROVISIONAL NO SABIA QUE DON ALFONSO HABIA SALIDO DE MADRID

—Llegó a Gobernación el rumor de que el rey había acordado aplazar su salida hasta la mañana siguiente, cuando la realidad era que hacía cuatro horas que se hallaba camino de Cartagena. Añagaza vulgar, dictada por el miedo a que fuera detenido en su viaje por orden del Gobierno de la República. Se hablaba también de reuniones de generales en Capitanía y del acuerdo de proclamar el estado



El Gobierno provisional de la República, después de la magna jornada cívica del 14 de abril, celebra su primer Consejo en la Presidencia.

de guerra. Desde los balcones de Gobernación puse yo al pueblo de Madrid en guardia contra estos manejos, advirtiéndole que había de estar vigilante mientras permaneciese en palacio el monarca destronado.

—Pero ustedes—le pregunté con extrañeza—, ¿ignoraban que don Alfonso había partido?

—La primera noticia de la marcha del rey la tuvimos en mi conversación con el gobernador de Murcia, el cual me dió cuenta del paso de don Alfonso por esa población con dirección a Cartagena.

EL GOBIERNO PROVISIONAL EN FUNCIONES

—Entre tanto mis compañeros, en el mismo despacho de Gobernación, laboraban febrilmente dictando los decretos que habían de aparecer en la "Gaceta" del día 15. Aquellas disposiciones del Gobierno provisional dieron a todo el mun-



Don Miguel Maura relatando a nuestro camarada Marín Alcalde los episodios del asalto a Gobernación.

do la sensación de que la vida del Estado español no se había interrumpido un solo instante. En aquellas horas hubimos de vivir años enteros, por la intensidad de la emoción y por el esfuerzo del ánimo, sometido a la máxima tensión. Noche de fiebre. Por fin, a las seis de la mañana, todos los Gobiernos de provincias estaban en manos adictas. El entusiasmo era indescriptible en todas partes; pero el orden no se había alterado.

Cuando, ya rendidos, decidimos descansar unos momentos, la sensación que dominaba el espíritu era el orgullo de ser españoles, porque el pueblo había dado una prueba, única en la Historia, de civismo y de cordura.

EL GOBIERNO CAIDO NO DIO SEÑALES DE EXISTENCIA

—¿Qué hacía el Gobierno de la monarquía?

—No volvimos a saber de él. Ni directa ni indirectamente entraron en contacto con nosotros. El Poder hubiera quedado en el arroyo durante toda la noche. No necesito decirle las consecuencias que hubiera podido acarrear semejante abandono de no haber tomado nosotros la iniciativa de adueñarnos del Poder.

El relato verídico de la jornada del 14 de abril ha terminado. Consultamos el reloj. Hemos privado a don Miguel Maura de dos horas justas.

MARIN ALCALDE